

La enseñanza como fortalecimiento del entendimiento del discípulo en Tomás de Aquino: una necesidad irrenunciable en la educación actualAutor: Mariano Bártoli¹**Resumen**

La cuestión metodológica es de gran importancia en el orden de la comunicación del saber. En la actualidad, la principalidad la ocupan aquellas metodologías que centran la principalidad de la acción de aprendizaje en el mismo alumno, único constructor de su conocimiento, relegando al maestro a un lugar secundario. y relegan a un segundo lugar al maestro quien reduce su papel al de un facilitador. De esta manera, la clase magistral o clase expositiva pierde el lugar que tenía en la pedagogía clásica. En este trabajo se busca reflexionar, siguiendo el pensamiento de Tomás de Aquino, en la visión que este autor posee sobre las metodologías y, a la vez, se busca intentar fundamentar la necesidad irrenunciable de la exposición magisterial, en tanto que esta fortalece la inteligencia del que aprende, posibilitando que puede llegar a conocer más perfectamente por sí mismo.

Palabras clave:

Tomás de Aquino – Metodologías – Maestro – Clase Magistral – Enseñanza

Teaching as the strengthening of the student's intelligence in Thomas Aquinas: an essential need in present education**Abstract**

The methodological question has a great importance in the order of communication of knowledge. In these days, the greatest relevance is occupied by those methodologies that focus the mainity of the learning action on the student itself, the only builder of his knowledge, relegating the teacher to a secondary place. His role becomes a "learning facilitator". In this way, the magisterial class or expositive class loses the place that usually had in classical pedagogy. This paper seeks to reflect on those methodologies that

¹ Mariano Bártoli, Doctor en Filosofía. lbartoli@uao.es. Universidad Abat Oliba CEU, Barcelona, España.

Thomas Aquinas proposes to communicate the truth. At the same time, it seeks to establish the indispensable need for the magisterial class, because, not only it strengthens the intelligence of the learner, but makes it possible that he can understand the reality more perfectly by himself.

Key words:

Thomas Aquinas – Methodologies – Magisterial Class – Teacher - Teaching

Fecha Recepción: 2, 12, 2020

Fecha de Aceptación: 16, 01, 2021

I. Introducción

Si uno pregunta a los grandes referentes del mundo educativo actual por la acción principal que debe desempeñar un maestro, en su inmensa mayoría coincidirán en que no es la de enseñar, ni la de causar ciencia en su discípulo, sino por el contrario, ha de consistir en facilitar el aprendizaje, al extremo de que incluso se prefiere evitar la misma voz “enseñar”. Tanto es así que a los maestros se les llama “facilitadores” o “gestores de aprendizaje”². En tanto que el alumno es concebido como el centro del proceso educativo, dotado de una autonomía absoluta y de una extraordinaria capacidad innata para aprender, el maestro o facilitador, según los nuevos pedagogos, solo dispone el ambiente, crea las condiciones necesarias y adecuadas para que el alumno aprenda por sí mismo, pero no comunica el saber, no transmite conocimiento a su discípulo.

Inger Enkvist advierte esta realidad y afirma que no son solo algunos los que sostienen que no hay comunicación de saber, sino que “todos los investigadores del aprendizaje afirman que es imposible transferir conocimiento a alguien, que todos deben crear ese *conocimiento* de nuevo” (Enkvist, 2000, p. 43). Y funda esta apreciación en la absolutización de la autonomía que se la ha dado al educando: “La autonomía de los alumnos, en la práctica, ha sido un nombre para el aprendizaje sin docente o con el docente en segundo plano, como instructor” (Ídem). Como explícitamente señala Ken Robinson, uno de los principales impulsores de la revolución educativa:

La educación es un proceso biológico equiparable a la agricultura: los jardineros saben que no son ellos los que hacen crecer las plantas, ni montan las raíces ni pegan las hojas, ni tampoco pintan los pétalos; las plantas crecen solas. La labor del jardinero consiste en crear las condiciones óptimas para que eso suceda (Robinson, 2015, p.149).

De igual manera, el maestro, en el enfoque pedagógico actual, no causa ciencia, no comunica saber, sino que crea unas determinadas condiciones a partir de la motivación, la alegría, la participación, el juego, etc., que facilitan que el alumno aprenda por sí mismo. No se prescinde del todo de los maestros, pero estos ya no perfeccionan por su

² “Un factor importante en el desarrollo profesional será la actitud de los profesores al diseñar su tarea docente, no únicamente como técnicos infalibles, sino como facilitadores del aprendizaje, capaces de provocar la cooperación y participación del alumno”. (Imbernón, 1998, p. 56). “La relación pedagógica profesor-alumno en el contexto de enseñanza, en donde el docente se erige como facilitador del aprendizaje y consecuentemente debe repensar su estilo”. González Peiteado, 2013, p. 82)

acción la inteligencia del discípulo, sino que le hacen mucho más accesible la adquisición de conocimientos. Al no ser el maestro transmisor de conocimiento, explica Robinson, “los buenos profesores saben que no basta con conocer sus disciplinas pues su cometido no es enseñar materias, sino que sus alumnos las aprendan” (Ídem). Si el aprendizaje no pasa ya por la ciencia del maestro, es razonable y lógico que pase por su metodología y, en consecuencia, estas tiendan a adquirir mayor protagonismo. Y así lo enseña explícitamente el mismo Robinson (2015): “El problema no radica en la incapacidad de aprender porque los alumnos son aprendices innatos, sino en la metodología que se les impone a los alumnos” (p.45).

Esa metodología “que se les impone a los alumnos” y que estaría siendo perjudicial o poco fructífera, sería la llamada metodología o educación tradicional, esto es, la clase magistral o la metodología expositiva. Esta debería disminuirse en beneficio de dinámicas más activas en las que los alumnos puedan participar y adquirir los conocimientos que más necesitan o les sean útiles. Como ejemplo basta señalar el modelo de aprendizaje 70:20:10, que considera que solo el 10 % de lo que aprende un alumno procede de la palabra del docente que explica en clases unos determinados contenidos. El resto (70 + 20) provendría de actividades prácticas en las que el alumno esté involucrado. Esta disminución de la presencia del maestro como transmisor de conocimiento que sustituye la palabra por la acción directa deja percibir una cierta desconfianza con respecto al que enseña. Este representaría un cierto obstáculo a la hora de adquirir conocimientos, porque se lo concibe simplemente como una fuente de información, que replicaría ese conocimiento en los alumnos, limitándolos en su dimensión de aprendizaje y creatividad. Dadas las actuales maneras de adquirir esta información, es evidente, que el maestro se vuelve superfluo y poco eficiente a la hora de nutrir al alumno.

Sin embargo, saber es mucho más que adquirir información, es mucho más que poder encontrar en un determinado lugar o lugares la respuesta a una pregunta. Saber supone algo mucho más profundo: Penetrar en la realidad de tal modo que se pueda conectar las conclusiones expresadas en un juicio con los principios que las fundamentan, poseer las razones de las cosas, admirar sus causas..., para lo cual la inteligencia tiene que estar fortalecida en su acción. Como señalaba el Cardenal Newman (2011):

La inteligencia obtiene un pleno desarrollo cuando tiene facultad de considerar muchas cosas al mismo tiempo y como un todo, ordenándolas debidamente en un sistema universal, comprendiendo sus valores respectivos y determinando sus mutuas dependencias. Esto compone la perfección del intelecto individual (pp. 206-207).

Dicha perfección se adquiere en gran medida a través de la relación con personas que piensen bien, que saben, y no solo con fuentes de información actualizadas, puesto que la mente se va acostumbrando a razonar y expresar lo razonado con mucha más perfección (Cfr. Lorda, 2011, p. 31). En este sentido la palabra del maestro que conoce se vuelve necesaria e insustituible. Insisto en esto: la “palabra necesaria” es la del maestro que sabe, no simplemente la palabra del maestro que guía, organiza y facilita aprendizajes.

Nuestra finalidad en el presente estudio, volviendo al pensamiento siempre vivo de Tomás de Aquino, es sobre todo revalorar la dignidad del maestro como aquel que enriquece y perfecciona el entendimiento del alumno a través de su palabra y, en ese contexto, mostrar cómo las actuales metodologías pueden ser muy útiles y adecuadas para la adquisición de aprendizajes, pero resultan insuficientes para la integral formación intelectual de los alumnos, lo cual requiere, además de la información y de una cierta erudición, la capacidad de ordenarla e integrarla en la unidad de un saber universal. Intentaremos mostrar, examinando los textos del Aquinate, no sólo que lo bueno que poseen las nuevas metodologías está incluido en la doctrina tomista, no siendo de ningún modo excluyentes, sino que, además, en el ámbito estrictamente metodológico, Tomás de Aquino ofrece una mayor profundidad al advertir cómo la verdadera ayuda al crecimiento intelectual del alumno exige una metodología que dé principalidad a la palabra del que enseña. Dicho de modo más simple, la prescindencia de la clase magistral, de la que presumen las nuevas metodologías y/u orientaciones pedagógicas, supone un perjuicio para el desarrollo intelectual del alumno.

De ninguna manera se pretende agotar el tema, sino iniciar un ámbito de reflexión sobre las metodologías que son más adecuadas en la formación intelectual, así como comenzar a indagar en las maneras de comunicar el conocimiento pensadas y desarrolladas por el autor que nos ocupa.

II. Principios fundamentales de la acción de enseñar en Tomás de Aquino

Hay desde luego una diferencia radical entre el pensamiento de Tomás de Aquino y el que fundamenta las nuevas pedagogías y actuales metodologías, que conviene dejar bien establecido. El Aquinate sostiene que el maestro es aquel que causa ciencia en el discípulo haciéndole pasar de no saber a saber. El que enseña es verdadera causa de la ciencia en el que aprende. En las nuevas corrientes pedagógicas, por el contrario, la única causa del aprendizaje es el propio alumno quien asume el rol central en los procesos de enseñanza aprendizaje. Esto podría hacer pensar que hay en Tomás de Aquino algo parecido al conductismo o a lo que actualmente se conoce como enseñanza tradicional. Sin embargo, no hay nada más alejado de la realidad.

En efecto, el maestro es causa de la ciencia en el discípulo, pero no como causa principal y única, sino como causa coadyuvante y secundaria. En tanto el discípulo posee en su interior un principio de ciencia, la luz del entendimiento agente, por el que es capaz de causar la ciencia por sí mismo, el maestro no obra como agente principal, sino como subsidiario, ya que el agente principal es siempre el principio interno, la propia luz natural de la razón del discípulo, y el que enseña, desde el exterior, solo ha de reforzarle y suministrarle al que aprende los instrumentos y auxilios que ha de utilizar en la producción del efecto.

Esta capacidad del alumno de conocer y descubrir por sí mismo siempre ha sido comprendida y afirmada por santo Tomás durante toda su labor magisterial. Que un niño por su cuenta sea capaz de tener iniciativa y ser creativo, no es algo que hayan descubierto los nuevos divulgadores del saber educativo, sino es algo que ya la tradición clásica del pensamiento pedagógico había sostenido. El ser humano participa de una luz intelectual y es capaz por sí mismo de descubrir, de generar conocimiento. Tomás de Aquino le llama *inventio*, y no solo incluye lo que actualmente se conoce como “creatividad”, sino que la supera con creces, en tanto que es, verdadero descubrimiento de la realidad, generación de nueva ciencia.

Por eso, también en Tomás de Aquino aparece con claridad la principalidad de la acción del discípulo que aprende, de modo que no hay en su pensamiento nada parecido a suponer que la enseñanza sea una especie de vaciamiento de la ciencia que está en el

maestro a la mente del discípulo como si se tratara de llenar un recipiente vacío. Tampoco es entendida la acción del maestro como la acción de esculpir en el alma del alumno como si este fuera un trozo de mármol que pasivamente recibe la acción magisterial.

Muy por el contrario, santo Tomás, fundado en el modo propio de conocer de la inteligencia humana, concibe la enseñanza como una ayuda al discípulo para que descubra por sí mismo, para que se ponga en disposición de investigar, de adquirir el conocimiento con su esfuerzo y actividad intelectual. Enseñar es comunicar ciencia, pero contando con la acción propia y muy activa del alumno que aprende. De este modo el Aquinate no solo considera central la acción del discípulo, sino que no suprime la acción benéfica del maestro. Al contrario, logra conciliarlas.

De esta diferencia entre Tomás de Aquino y las nuevas corrientes pedagógicas se sigue claramente que las maneras de concebir las metodologías, las maneras o modos por los que el maestro comunica la ciencia o facilita el aprendizaje, también serán muy distintas. Y son ellas las que centrarán nuestra atención. Porque, pese al vuelo metafísico del pensamiento tomista, y ubicado siempre en el orden de los principios, Tomás de Aquino ofrece también una propuesta metodológica que es digna de ser tomada en consideración puesto que permite ser una guía segura en el proceso de enseñanza aprendizaje.

III. Reflexión sobre los modos de comunicar las ciencias en Tomás de Aquino: el problema de las metodologías

Aunque la doctrina sobre los modos por los que el maestro enseña la ciencia al discípulo ha permanecido siempre inalterable en la obra de Tomás de Aquino, a nuestro juicio, es en la *Suma Teológica* donde aparecen mejor descritos y sistematizados. Por ello es por lo que la estudiamos aquí más detenidamente. Después de haber explicado que el maestro es causa de la ciencia en el entendimiento del discípulo y después de haber precisado de qué modo es causa, Tomás de Aquino afirma que el maestro puede ayudar a que el discípulo adquiera el conocimiento de la realidad, de dos modos, a través de dos maneras o métodos:

El primer modo es el que consiste en proponer algunos auxilios o instrumentos de los que el entendimiento del discípulo se sirve para adquirir la ciencia, como cuando le ofrece algunas

proposiciones menos universales, de las que, sin embargo, puede el discípulo juzgar por las que ya conoce, o como al presentarle algunos ejemplos sensibles, semejantes u opuestos, o todo lo que tenga el mismo fin, por cuyo medio el entendimiento del que aprende es conducido (*manuducitur*) al conocimiento de la verdad que ignoraba (Aquino, 1994, I, q. 117, a.1, in c.).

Este primer modo, no tiene un nombre específico, pero bien puede denominarse *manuducere*, conducir de la mano, porque de alguna manera, como veremos, es llevar al que aprende de lo más simple a lo más complejo. Pero no es este el único modo de enseñar la ciencia al discípulo. Tomás de Aquino pasa a describir el segundo modo en los siguientes términos:

El segundo modo es el de confortar (*confortare*) el entendimiento del que aprende, mas no por medio de alguna virtud activa, pues todos los entendimientos humanos son de un mismo grado en la jerarquía de la naturaleza, sino en cuanto que muestra el nexo entre los principios y las conclusiones al discípulo, que tal vez no tiene la capacidad para pasar por sí solo de las unas a las otras (Aquino, 1994, I, q.117, a.1, in c.).

Este segundo modo es el que podemos denominar *confortare*, fortalecer, vigorizar, dar fuerza al entendimiento del discípulo llevándolo de los principios a las conclusiones. Aquí no se trata de ninguna manera de reemplazar el entendimiento del discípulo sino de fortalecerlo para que por sí mismo llegue al conocimiento de nuevas verdades.

De esta manera podemos afirmar que según Tomás de Aquino son dos modos genéricos mediante los que el maestro puede comunicar la ciencia al discípulo, dos modos mediante los cuales puede coadyuvar al alumno a que sea capaz de adquirir el hábito de la ciencia, a saber, los modos que respectivamente denominamos *manuducere* y el *confortare*. No hay uno que deje más o menos libre al que aprende, sino que en ambos está supuesta la concepción del Aquinate sobre el acto de enseñar y, por tanto, en ambos modos quien tiene la principalidad en la acción es el alumno. Millán Puelles (1989) en su obra *La formación de la personalidad humana* llama a estos actos: ayuda y refuerzo (p. 124). No obstante, como él mismo señala, el término de ayuda pareciera convenirle a ambos actos por los cuales el maestro comunica la ciencia al discípulo. Formantín, otro autor que ha tratado estos temas, en su trabajo sobre angeología y educación sostiene que “la acción magistral consta de una doble función, a saber, informar *la inteligencia y fortalecerla*” (Formentín, 1974, p. 201). Si bien coincidimos plenamente en la denominación del segundo modo, en el caso del segundo, a saber, informar o información, a nuestro juicio,

no expresa bien lo que supone el *manuducere* y por eso hemos optado por denominarle siguiendo las expresiones latinas.

3.1. Primer modo por el que el maestro comunica la ciencia: *Manuducere*

El primer modo, hemos visto, es aquel por el cual el maestro conduce a su alumno hacia la ciencia usando ciertos auxilios o instrumentos tales como ciertas proposiciones menos universales o dándole ejemplos palpables, como cuando se usan imágenes, videos, experimentos, etc; o se recurre a la utilización de cosas similares u opuestas, como cuando el maestro explica la naturaleza del ser humano distinguiéndolo de los animales o, por ejemplo, si se trata de explicar el conocimiento intelectual, puede comparar este conocimiento con el conocimiento sensible. Para designar este modo de enseñar el Aquinate utiliza la expresión *manuducere*.

Dicha expresión la usa santo Tomás en diversos lugares y, en general, en todos esos lugares, lo que busca expresarse es la necesidad que tiene el entendimiento humano, por su debilidad e imperfección, de ser conducido a lo inmaterial a partir de lo material, a lo inteligible, desde lo sensible, desde lo particular a lo universal. De modo especial se refiere al modo que denominamos *manuducere* en la obra *De Veritate*, en la que ahonda sobre esta acción docente. Señala allí que sucede en algunos discípulos que, conociendo las causas de algo, conocen inmediatamente los efectos que se siguen de ella. Estos, por tanto, no requieren ser conducidos hacia dicho conocimiento. No obstante, la debilidad del entendimiento de alguno puede impedir que consiga esa mirada sobre las cosas. Por eso enseña Tomás de Aquino:

Se podría decir que, incluso si el conocimiento de las criaturas no pertenece de ningún modo a la bienaventuranza, no se sigue de allí que todo el conocimiento de las criaturas esté desligado de la visión beatífica. Porque, cuando se conoce la causa, algunos efectos son conocidos inmediatamente en ella, mientras que otros todavía siguen siendo bastante ocultos. Por ejemplo, algunas conclusiones pueden extraerse inmediatamente de los principios de la demostración, mientras que otros no pueden ser extraídos sino por medio de numerosos instrumentos o auxilios, y uno no puede llegar a conocer esto último por sí mismo, sino que debe ser llevado de la mano a ellos por alguien más. (Aquino, 2016, q.8, a.4, ad 12).

Utiliza aquí, Tomás de Aquino, la expresión “*manuducatur*”, en relación con los “numerosos instrumentos o auxilios”, a través de los cuales puede el maestro comunicar la ciencia. Y en efecto, el maestro puede servirse de numerosas herramientas que faciliten la comprensión de los estudiantes. En la actualidad, las nuevas tecnologías brindan una

ayuda real e inestimable a la hora de realizar esta conducción de la mano, porque aumentan la posibilidad de ofrecer imágenes, actividades, ejemplos, experiencias, que lleven al alumno a conocer por sí mismo aquello que puede resultar más difícil, más “oculto”. En este texto se aprecia además cómo insiste el Aquinate en que la menor perfección de algunos entendimientos exige una ayuda mediante signos o instrumentos sensibles, más apegados a lo material, que le permitan formar imágenes adecuadas al entendimiento del discípulo.

También se refiere a ello en la *Suma de Teología* cuando dice: “Los hombres torpes (*rudes*) no pueden llegar (*induci*) a la ciencia si no es por medio de ejemplos sensibles” (Aquino, 1994, I, q.89, a.1, in c.). Y en esto consiste el conducir de la mano, en ir de lo inferior a lo superior, de lo sensible a lo inteligible, de lo material a lo inmaterial. Dividir la verdad que posee una unidad sintética superior, para hacerla más accesible a la inteligencia en formación del discípulo. El maestro debe descender de su especulación puramente intelectual al orden sensible para ir a buscar allí al alumno y llevarlo de la mano hacia el orden inteligible. Dicho de otro modo, la acción de *manuducere* supone la adaptación del maestro a las capacidades del alumno para que de ese modo aquel pueda ser entendido y comprendido por este, adquiriendo así más fácilmente la ciencia. Tomás de Aquino, en relación a esto, enseña que el maestro:

Al ver que su alumno no puede captar las cosas que él mismo conoce de la misma forma en que él las conoce, hace un esfuerzo especial para distinguir y multiplicar su conocimiento por medio de ejemplos, para que así el alumno pueda comprender lo que se le ha presentado (Aquino, 2016, q.9, a.5)

En la cuestión 11 *De Veritate* y en el capítulo 75 del libro segundo de la *Suma Contra Gentiles*, textos fundamentales en los que se refiere a la acción de enseñar, el Aquinate no utiliza el término *manuducere*, sino que se sirve de expresiones como *ducere*, *deducere* o incluso *inducere*, para expresar la misma acción por la que el maestro conduce o lleva al discípulo hacia la adquisición del saber. De allí que pueda afirmarse que este modo de acercar al discípulo a la ciencia está presente en toda la enseñanza de Tomás de Aquino sobre el maestro. Por eso que referirse al maestro como guía, como facilitador, como alguien que ayuda al alumno, era algo que bien entendido, ya estaba en Tomás de Aquino, pero fundamentado en una acción docente causadora de ciencia.

Evidentemente, aun entendiendo que las nuevas metodologías no consideran al maestro como causa de la ciencia, puede considerarse a este *manuducere* como el ámbito propio de las nuevas maneras de enseñar fundadas en la experiencia sensibles y práctica de los alumnos. La finalidad de gran parte de las nuevas maneras de aprender no es otra que facilitar al alumno el aprendizaje, posibilitarle ámbitos adecuados para que investigue y descubra por sí mismo, darle el interés y el entusiasmo necesario para moverse a conocer. En este sentido hay un cierto descenso de parte del maestro que dispone de lo conveniente para elevar al discípulo a niveles más altos de conocimiento y aprendizaje. Aquí podrían ubicarse perfectamente metodologías como el trabajo por proyectos, el trabajo cooperativo o el trabajo colaborativo, incluso la llamada gamificación que orientadas por un maestro que sabe, que posee la ciencia y conoce lo que es bueno para el alumno, puede llevar a este desde una experiencia particular a elevarse a un conocimiento más universal de la realidad.

Cabe destacar que hablamos de una metodología ordenada a la comunicación de la ciencia, no solo de saberes prácticos, técnicos o de habilidades personales. Los ejemplos que suelen darse de aprendizaje sin maestro, como el de expresión oral, habilidades administrativas, preocupación por el medio, conocimiento de realidades particulares, etc., no son en absoluto aplicables a lo que se pretende sostener aquí.

Es interesante destacar que Tomás de Aquino considera este modo de comunicación adecuado a entendimientos más débiles, menos perfeccionados, que por su misma debilidad necesitan ser conducidos de la mano. No se trata, entiéndase bien, de entendimientos débiles en tanto que incapaces de conocer, o deficientes en su conocimiento, sino de entendimientos que no tienen la formación suficiente ya sea porque recién comienzan, ya sea porque no tienen la preparación adecuada, etc., pero que desde luego pueden alcanzar altos niveles de conocimiento y profundización.

De acuerdo a lo dicho, si uno pudiera preguntar a Tomás de Aquino su juicio sobre las nuevas metodologías probablemente sería partidario de utilizar muchas de ellas, no obstante, nos advertiría del peligro que supondría pensar que pueden ellas reemplazar al maestro o eximirle de su alta formación intelectual. Precisamente, esa misma formación intelectual propia del maestro que enseña es la que permite sostener que, para la

formación intelectual de los jóvenes, no es suficiente el *manuducere* y las metodologías que de allí podrían derivarse, ya que, al entender la enseñanza como una comunicación de saber, se causa un mayor fortalecimiento del entendimiento del discípulo a través de la palabra de un maestro que sabe y que dispone a este a penetrar con más profundidad en la realidad de las cosas.

3.2. *'Confortare' o la importancia de la palabra del maestro*

Tomás de Aquino, tal como hemos dicho, al considerar que el maestro causa ciencia, que transmite la verdad a su alumno, nos habla de un segundo modo de comunicar la ciencia, que es el que más nos interesa en esta reflexión: *el confortare*. Este término se obtiene primeramente de la virtud de los cuerpos, pues así como un cuerpo menos perfecto es robustecido con la proximidad local de otro más perfecto, como ocurre con un cuerpo menos cálido que aumenta en calor con la presencia de otro más cálido, del mismo modo es posible usar el término confortar o robustecer para hablar, en términos generales, de la comunicación de una cierta fuerza o vigor de un sujeto más perfecto a otro menos perfecto. Análogamente, "*confortare*" es una expresión que utiliza el Aquinate para significar la acción por la que el entendimiento creado es reforzado, ayudado en su propia actividad, ya sea por Dios mismo o por otro entendimiento superior. Así, por ejemplo, señala en la *Suma Teológica* que la luz de la gloria "fortalece el intelecto para que vea" (Aquino, 1994, I, q.12, a.2, in c.). Evidentemente no es la luz de la gloria la que le da a nuestro entendimiento la capacidad para ver, sino que le ayuda a que vea más plenamente, le auxilia para que pueda ver aquello que por sí mismo no es capaz.

En el *Comentario a las Sentencias* se refiere el Aquinate a esta posibilidad de que un entendimiento inferior sea fortalecido y como reforzado a ver de modo más perfecto:

En esto difiere lo inteligible de lo sensible, porque lo extraordinariamente sensible destruye al sentido; en cambio lo máximamente inteligible no destruye sino **refuerza** el entendimiento. Debido a que Dios es por lo tanto lo máximamente inteligible en sí mismo, porque es lo primero inteligible, parece que por nuestro entendimiento pueda ser entendido: en efecto no sería impedido a no ser por su excelencia (Aquino, 2002, lib.1, d.3, q.1, a.1, s.c. 3).

En este texto Tomás de Aquino nos dice que lo máximamente inteligible no destruye al entendimiento humano, sino que lo conforta, lo fortalece para entender mejor. Ahora bien, lo máximamente inteligible es a la vez lo máximamente inteligente, esto es, conoce de

modo máximamente perfecto y desde ese conocimiento fortalece al entendimiento inferior. De allí que cuanto mayor sea la intelectualidad de un ente, más capacidad tendrá para fortalecer. Cuanta más perfección hay de parte de un entendimiento, su acción sobre el inferior no es destructiva o nociva, sino confortante, fortalecedora.

Por eso cuando Tomás de Aquino se pregunta sobre la enseñanza de un ángel a otro, más propiamente, sobre la iluminación de un ángel a otro en la *Suma Teológica* afirma que un ángel notifica a otro la verdad conocida. Y si preguntamos de qué modo lo hace, dice el Aquinate:

Primero, fortaleciendo su virtud intelectual; porque, así como la virtud de un cuerpo menos perfecto se robustece con la proximidad local de otro cuerpo más perfecto, por ejemplo, uno menos cálido aumenta en calor con la presencia de otro más cálido, así la virtud intelectual de un ángel inferior es confortada por la conversión hacia él de un ángel superior (Aquino, 1994, I, q. 106, a. 2, in c.).

Y también un ángel enseña a un hombre fortaleciendo el entendimiento. Dice Tomás de Aquino:

Nos instruyen de modo adaptado a nuestra naturaleza, ilustrando nuestra fantasía, fortaleciendo la luz de nuestro intelecto y estimulándonos para considerar algo de una manera mejor (Aquino, 2002, lib. 2, d.11, q. 1, a.1, ad 6).

La acción del ángel, espíritu superior, no solo fortalece nuestro entendimiento con su propia luz, sino que nos estimula a considerar algo de una manera más perfecta, más adecuada, más próxima a los principios primeros. La mayor perfección en el orden entitativo que poseen los ángeles es lo que hace que puedan fortalecer tanto el entendimiento de otros ángeles menos perfectos, como el entendimiento del hombre.

Ahora bien, esta acción fortalecedora que ejerce un entendimiento superior sobre otro inferior en virtud de su mayor perfección, ¿es aplicable al orden de la enseñanza humana en el que los entendimientos poseen el mismo nivel de perfección? Tomás de Aquino responde afirmativamente. El maestro humano también fortalece el entendimiento del discípulo, pero evidentemente, de un modo diverso al modo en el que lo hace Dios y los ángeles. Dice el Aquinate en la q.117 de la *Suma de Teología*, que el maestro también enseña fortaleciendo el entendimiento del que aprende, no obstante, afirma:

No mediante alguna virtud activa como si el entendimiento del que enseña fuese de una naturaleza superior, tal como dijimos que iluminan los ángeles, ([q.106 a.1](#); [q.111 a.1](#)), puesto que todos los entendimientos humanos son de un mismo grado en el orden natural, sino en cuanto que se hace

ver al discípulo la conexión de los principios con las conclusiones (Aquino, 1994, I, q. 117, a.1, in c).

El modo en el que el maestro fortalece es, por tanto, no por poseer un entendimiento de naturaleza superior, sino haciendo ver al discípulo la conexión de los principios con las conclusiones. Vuelve Santo Tomás sobre este tema en *De Veritate*, cuando hablando de la iluminación de un ángel sobre otro, se refiere a esa acción roborativa, de fortalecimiento y luego lo aplica al maestro humano que también conforta al discípulo. Es cierto que no fortalece por tener un entendimiento superior, pero sí por tener un entendimiento más perfeccionado por el conocimiento que posee en una palabra mental. Por ello que el entendimiento humano puede confortar a partir de un verbo, de una palabra que, estando arraigada en la intimidad del alma del maestro, en la más profunda interioridad del entendimiento del maestro, se expresa exteriormente como palabra luminosa que le hace ver al discípulo la conexión entre los principios y las conclusiones ese nexo que permite desde conocimientos preexistentes llegar por sí mismo a nuevas verdades.

De modo que no se trata de que mediante este fortalecimiento se le comuniquen solamente ciertos contenidos, ciertas verdades, sin las cuales no habría nada que pensar, sino que desde la plenitud de la ciencia que el maestro posee en acto en su interior y que expresa sensiblemente a través de sus palabras, le perfecciona el entendimiento para que sea capaz de entender más y mejor, de llegar incluso a alcanzar nuevas verdades porque el entendimiento está fortalecido. La palabra exterior que emana de un entendimiento que sabe y posee ciencia en acto, refuerza la virtud del entendimiento del que aprende, moviéndolo a pensar, a investigar, a cuestionarse las verdades en sus principios. No olvidemos que según el Doctor Angélico lo que verdaderamente motiva al alumno y lo pone en orden a la adquisición de conocimientos no son tanto los instrumentos y herramientas adecuadas a la transmisión del aprendizaje, sino la ciencia del maestro:

El maestro no produce en el discípulo la luz intelectual; no produce tampoco directamente las especies inteligibles, sino que por la enseñanza (*per suam doctrinam*) **mueve** al discípulo para que él, por su propio entendimiento, forme las concepciones inteligibles, cuyos signos le propone exteriormente (Aquino, 1994, I, q. 117, a.1, ad.1).

Es por lo que enseña, por la doctrina comunicada que el discípulo se mueve hacia la adquisición de nuevos conocimientos, de esas “concepciones inteligibles” que le permiten

saber sobre la realidad. Las palabras, signos exteriores, contienen la ciencia del maestro que es lo que verdaderamente fortalece al entendimiento del que aprende. En efecto, si en el *manuducere*, puede decirse, el maestro realiza una acción que va de lo inferior a lo superior, en el *confortare* el maestro fortalece lo inferior desde su ciencia superior.

Tomás de Aquino hablando sobre la necesidad de un conocimiento explícito de la fe enseña que:

Quando muchas cosas se contienen virtualmente en algo uno, se dice que están implícitamente en aquello, así como las conclusiones están en los principios, en cambio, se contiene de modo explícito en alguna cosa lo que existe en acto en ella. De donde, aquel que conoce algunos principios universales tiene conocimiento implícito de todas las conclusiones particulares, en cambio, quien considera las conclusiones en acto, se dice que las conoce de modo explícito (Aquino, 2016, q.14, a.11, in c.).

Pues bien, el maestro posee las conclusiones de la ciencia, en la unidad de los principios universales, y cuanto más perfectamente conoce, más unidad hay en su pensamiento. Las conclusiones están presentes en los principios del maestro de modo implícito. El discípulo, en cambio, teniendo en su entendimiento el conocimiento de los principios de la realidad, no es capaz de ver en ellos las conclusiones de la ciencia. El maestro, a través de sus palabras que expresan lo que ha conocido en su interior, es quien debe ayudar al discípulo a que esas conclusiones se hagan explícitas, para lo cual debe presentárselas en acto, tal como él mismo las ve en su entendimiento. El acto educativo, como señala Barrio (2009), no estriba en otra cosa que en “ayudar a hacer explícito lo implícito, lo que en algún sentido ya se sabe, empleando para ello el diálogo, la interacción por medio de la palabra. En esta función el maestro puede contar con más o menos destrezas, pero sobre todo cuenta con lo que sabe y con lo que es” (p. 64). Esta acción es la realmente formativa y fortalecedora.

El maestro tiene una conversación consigo mismo sobre los principios de una ciencia, una conversación interior y a ella invita a su discípulo a participar para que, por sí mismo, realice los actos que le permitan adquirir el saber, lo cual tiene lugar con el diálogo. Lo dice Tomás de Aquino con estas palabras: “el que enseña expone al otro, mediante signos, este proceso de la razón que él hace en sí mismo con la razón natural” (Aquino, 2001, q.11, a.1, in c.). En efecto, aquellos actos intelectuales que el maestro hace en sí mismo, se los manifiesta a través de su palabra al discípulo, pero no solo para que este las

memorice, sino para que realice en sí mismo ese mismo razonamiento, como si lo estuviera volviendo a inventar. Este diálogo habitual con el maestro que sabe va disponiendo la inteligencia del discípulo de tal modo que, a pesar de la mayor dificultad, puede robustecer la mente para que no solo aprenda lo que dice el maestro sino para que pueda llegar a otras verdades por su cuenta.

La recepción de las palabras del maestro en el discípulo, palabras que le hacen ver cómo las verdades están arraigadas y fundamentadas en principios superiores y más comprensivos, va dando mayor vigor al alumno para que se remonte hasta esos principios. El deslumbramiento y la admiración que supone muchas veces en un alumno la profundidad de la ciencia que le expresa el maestro, aunque no pueda ser del todo comprendida, no obstante, mueve el entendimiento a saber más, a querer penetrar en la realidad que se la muestra. Más que presentarle una determinada verdad, lo que le presenta un maestro que sabe y que expresa lo que sabe del modo en el que él lo tiene poseído, es un modo de razonar, es un modo de pensar, es esa relación de las conclusiones con los principios de los que se deduce. En la actualidad se insiste mucho en la necesidad de “enseñar a pensar” a los alumnos, para lo cual se incentiva la autonomía y la conveniencia de desligarse de conocimientos dados o recibidos. Como si la palabra del maestro que sabe, fuera un obstáculo a dicha enseñanza. Por el contrario, se ve en la doctrina del Aquinate sobre el maestro, cómo el modo por el cual se comunica la ciencia confortando al discípulo a través de la palabra, no solo no coarta ni impide que piense, sino que es de ese modo que puede habituarse a hacerlo de modo más perfecto. Mientras el *manuducere* facilita la adquisición de nuevas verdades que pueden arraigarse en el entendimiento del discípulo, el *confortare* es el modo que más perfectamente ayuda a pensar. Porque ha visto cómo piensa y razona un hombre sabio, puede el alumno, no solo pensar, sino pensar por sí mismo.

Es evidente que solo la mayor perfección del entendimiento del discípulo permitirá enseñar de este modo. Por eso dice en otro lugar que por la debilidad de su entendimiento “hay quienes no pueden captar la verdad intelectual a no ser que se les explique con todos sus pormenores” (Aquino, 1994, I, q.55, a.3, in c); con estos estudiantes el maestro deberá ajustar la verdad de modo que la puedan comprender, a través del modo que llamábamos *manuducere*. Con estos, desde luego, puede el maestro servirse más especialmente de la

conducción de la mano. En cambio, sigue diciendo Tomás de Aquino, “hay quienes, por tener un entendimiento más vigoroso, con pocos principios captan mucho” (Ídem). A estos últimos el maestro puede confortar con la presentación de la síntesis de la ciencia tal como él la tiene en su entendimiento. No obstante, que estos no requieran tanto del *manuducere*, no significa, de ninguna manera, que pueda privársele a los primeros de los altos razonamientos del maestro, aunque muchas veces no lleguen a captarlo porque solo así es como se irán disponiendo hasta conocimientos más altos.

El acto de *confortare*, por tanto, es un acto que de ninguna manera se contrapone al *manuducere*, sino que es compatible e incluso lo lleva a su plenitud posibilitando mayor autonomía en el discípulo que se hace más capaz de aprender y pensar por sí mismo. Podríamos decir incluso que pueden algunos alumnos prescindir, por la perfección de su entendimiento, del *manuducere*, pero ningún alumno puede prescindir del *confortare*, dejando claramente establecido que por este modo de comunicar la ciencia, en la que el maestro parece tener más protagonismo, de ninguna manera significa o supone la anulación o la falta de participación e implicación del alumno. Y esto porque, esta exposición que realiza el maestro carece de sentido si el mismo alumno no realiza por sí mismo, en lo más íntimo de su inteligencia, los silogismos que le conducen a la adquisición del saber sobre la realidad. Es el mismo alumno el que causa su ciencia ayudado por la acción confortante del maestro. Por eso, de ninguna manera se puede confundir el acto de enseñanza mediante las palabras y el discurso del maestro con el de adoctrinamiento. No se busca que el alumno repita lo que el maestro le comunica, sino que lo sepa él, para lo cual su propia acción es absolutamente imprescindible.

El discípulo no puede abdicar de su papel de causa principal, no puede dejar de realizar los actos necesarios para adquirir el hábito de ciencia en sí mismo. Es él quien ha de entender los términos con los que el maestro le habla; pues por mucha elocuencia que este tenga, sus ideas no pasan al discípulo por una especie de transfusión conceptual. El que aprende tiene que ir re-produciendo lo que le va diciendo el que le enseña, y este reproducir es un verdadero producir los actos de intelección correspondientes a los que hace el maestro. Así como un médico no puede causar la salud en el enfermo si no lo causa la misma vida del enfermo que tiene la virtualidad de sanarse a sí misma, del mismo modo, la acción del maestro, realizada a través del lenguaje exterior, causará la ciencia

en el discípulo si este al escuchar aquel lenguaje que brota del entendimiento enriquecido por la ciencia, puede razonar reproduciendo en sí mismo aquellos razonamientos que se le han propuesto.

Se aprecia así, una vez más, cómo todo método de enseñanza que no consista en ayudar al discípulo a que él entienda, no es propiamente un acto de enseñanza. Esta última solo empieza en cuanto el maestro habla de una manera en que el oyente encuentra el camino de la adquisición propia del saber, formándose en él la virtud intelectual. Enseñar no es sino ayudar a que el discípulo adquiera la ciencia, el conocimiento cierto y verdadero sobre la realidad.

IV. Conclusión

Las anteriores reflexiones, aun siendo incompletas, nos han permitido comprobar lo actual e importante que aparece la enseñanza de Tomás de Aquino, ya que pone mucha luz sobre las grandes discusiones que se dan actualmente en relación al uso de diversas metodologías. Se aprecia en el pensamiento del Aquinate una visión sintética que no reduce la enseñanza a una acción unívoca, esto es, o solo enseñar o solo aprender, o solo el maestro o solo el alumno, sino que permite conciliar ambos modos de comunicar la ciencia. Dice el Aquinate:

Por lo demás, da igual que el maestro, al pasar de los principios generales a las conclusiones, lo haga exponiendo (*proponendo*) o preguntando (*interrogando*), porque, en ambos casos, quien le escucha se convence (*certificatur*) de lo posterior por lo anterior (Aquino, 1994, I, q.84, a.3).

En efecto, no importa tanto si se da más o menos protagonismo al alumno, no importa si la clase es magistral o participativa, si se trabaja por proyectos o se hace una clase magistral comentada, lo cierto es que en ambos casos el alumno es el que tiene que pasar en su interior, en lo más profundo de sí, de los principios a las conclusiones, de otro modo, no habrá ciencia. Y, sin duda, que puede realizar ese paso de los principios a las conclusiones por sí mismo. La luz del entendimiento le permite investigar por sí mismo y alcanzar, sin ayuda, la verdad de las cosas. Sin embargo, supondrá más esfuerzo y probabilidades de error. Por el contrario, más perfectamente alcanzará por sí mismo la verdad que anhela su inteligencia, en la medida en que sea convenientemente conducido de la mano (*manuducitur*) y confortado (*confortare*) por un buen maestro. Porque la perfección de la inteligencia, no está tanto en buscar por sí mismo, sino en conocer la

verdad. De allí que la palabra del maestro, lejos de ser una realidad que impida al alumno aprender o pensar por sí mismo, en tanto que conforta el entendimiento para que llegue a entender más, parece el modo adecuado de manifestar la plenitud de la enseñanza que comienza de lo inferior a lo superior con el *manuducere* y termina en la vigorización del entendimiento inferior del alumno por la ciencia superior del maestro.

Evidentemente, la utilización del método socrático o cualquier método similar, por el que el maestro no transmita directamente un saber, sino que a través de preguntas u otras formas de actuar en el aula le permita ir descubriéndolo por sí mismo, enseña Tomás de Aquino, que también “causa la ciencia en el que aprende” (Aquino, 1994, I, q.84, a.3, ad.3). Pero, obviamente, no porque el discípulo recuerde o porque el discípulo pueda construir su conocimiento, sino porque en virtud de las preguntas o las actividades orientadas del maestro, el estudiante llega a conocer lo que ignoraba. Así lo dice el Aquinate: “Cuando uno responde con precisión a algo que se le pregunta, no es porque lo conociera antes, sino porque es entonces cuando lo conoce por primera vez” (Ídem). No se trata de preguntar por preguntar, sino de preguntar con la intención de enseñar, de comunicar una verdad que el maestro conoce y quiere que el alumno conozca también.

De allí que podamos concluir, en primer lugar, que estas metodologías activas, siendo buenas en sí mismas, de ninguna manera, eximen al maestro de una profundización seria y razonada de aquello que enseña, esto es, un hablar sobre la realidad desde sí mismo, teniéndola poseída y arraigada en su alma. La pretensión de que no puede comunicar nada verdadero, ni ser un bien para su alumno, y que por tanto, es preciso confiar en la actividad del propio alumno para que construya por sí mismo el saber, es algo ajeno al pensamiento de Tomás de Aquino, y a nuestro juicio, contrario a la naturaleza del entendimiento que puede adquirir el conocimiento a través de una palabra exterior de parte del que sabe. Por eso, cualquier metodología en manos de un maestro sabio, pueden contribuir a la perfección del discípulo.

En segundo lugar, estas nuevas metodologías activas, no solo no hacen innecesaria y superflua la clase magistral, sino antes al contrario, pueden perfectamente combinarse con ella, ya que esta última, siendo la fuerza y vigor del entendimiento, se vuelve urgente e imprescindible para que el discípulo, confortado y robustecido por la ciencia del

maestro, dé abundante fruto intelectual y humano, al avanzar más perfectamente hacia el conocimiento de la realidad. La palabra del maestro que contiene la plenitud de la ciencia muestra la realidad de tal modo que no solo permite que el alumno aprenda, sino además, que su entendimiento se vuelva capaz de moverse por sí mismo hacia la verdad y llegar así, el mismo a hacer crecer la ciencia y el saber.

V. Referencias

- Aquino, Tomás de. (1994). *Suma de Teología*. Madrid: BAC, Tomo 1.
- Aquino, Tomás de. (2002). *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*. Navarra, Eunsa, Tomo 1/1.
- Aquino, Tomás de. (2001). *Opúsculos y Cuestiones Selectas. El maestro*. Madrid: BAC.
- Aquino, Tomás de (2016). *Cuestiones disputadas sobre la Verdad*. Edición Ángel Luis González, Juan Fernando Sellés y M^a Idoya Zorroza, Navarra: Eunsa.
- Barrio, J. M. (2009). *El balcón de Sócrates. Una propuesta frente al nihilismo*. Madrid. Rialp.
- González Peiteado, M. (2013) “Los estilos de enseñanza aprendizaje como soporte de la actividad docente”. *Revista Estilos de Aprendizaje*, nº11, Vol 11.
- Imbernón, F. (1998). *La formación y el desarrollo profesional del profesorado. Hacia una nueva cultura profesional*. Barcelona: Editorial Graó.
- Enkvist, I. (2000). *La educación en peligro*. Madrid: Unison Ediciones.
- Enkvist, I. (2014). *Educación. Guía para perplejos*. Madrid: Encuentro.
- Formentín, J. (1974). “La educación del hombre en función de la angeología según Tomás de Aquino”, *Revista de Pedagogía comparada*, núm. 34, Vol. IX, Barcelona.
- Lorda, J.L. (2011). *Humanismo. Los bienes invisibles*. 3^a ed., Madrid: Rialp.
- Millán Puelles, A. (1989). *La formación de la personalidad humana*. 7^a ed., Madrid: Rialp.

Newman, J.H. (2011). *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*. Navarra: Eunsa.

Robinson, K. (2015). *Las escuelas creativas*. Barcelona: Grijalbo.